

La esperanza en la vida cristiana. Dimensión bíblica

GUSTAVO BAENA B., S.J.*

RESUMEN



El tratamiento del tema de la esperanza, casi exclusivo de Pablo en el Nuevo Testamento, no se refiere a una virtud autónoma, sino que constituye un componente esencial e inseparable de la fe y el amor, de un todo que se llama el Evangelio, cuya realidad histórica constatable y concreta es la existencia cristiana dentro de la comunidad. Esto significa que la esperanza es un don, esto es, el Resucitado dándose en nosotros mismos por su Espíritu, que nos hace capaces de superar con paciencia toda resistencia al amor permanente e incondicional de unos con otros dentro de la comunidad cristiana y nos asegura la vida sin fin con Cristo.

Palabras claves: Esperanza, Evangelio, existencia cristiana y comunidad.

Abstract

Hope, an almost exclusively pauline motif in the New Testament, is not an autonomous virtue but an essential and inseparable component of faith and love, of a whole called the Gospel, whose historical and concrete reality is christian existence in the community. That means that hope is a gift,

* Docente de Sagrada Escritura, Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Doctor en Teología, Pontificia Universidad Javeriana. Licenciado en Sagrada Escritura, Instituto Bíblico de Roma. Diplomado en Sagrada Escritura, Escuela Bíblica de Jerusalén. Correo electrónico: gbaena@javeriana.edu.co

namely the Risen Lord giving himself in ourselves through the Spirit, who makes us capable of overcoming with patience all type of resistance to a love that is constant and unconditional in the community and secures us the life without end in Christ.

Key words: *Hope, Gospel, christian existence, community.*

La esperanza puede ser uno de esos temas sobre los cuales todo ser humano parece tener alguna experiencia y poseer alguna idea; sin embargo, cuando se trata de precisar su identidad o su realidad concreta parece que se nos escapa, y quizás con mayor razón si se trata de la especificidad de la “esperanza cristiana” en cuanto tal. Tal es el objeto de esta reflexión, pero a partir de la revelación.

LA ESPERANZA COMO FENÓMENO

Una constatación

Permítanme empezar diciendo unas pocas palabras sobre la esperanza como fenómeno común, fácilmente constatable y elemental, sin entrar en análisis, y eso con el fin de poder delimitar de manera más exacta el plano de la revelación bíblica del cual debo partir.

Todo ser humano, dentro de su existencia situada en este mundo, está continuamente lanzado hacia la consecución de una meta o un propósito, tanto más cuanto mayor es el grado de su conciencia. Esa meta puede ser meramente transitoria, a mediano o largo plazo, o puede ser de carácter más trascendental, que supere lo finito, una vida sin límites y de unión definitiva con Dios, después de la muerte.

Ahora bien, durante esta situación de estar siempre lanzado o de alguna manera impulsado hacia esa meta, el ser humano parece estar movido desde dentro por una “fuerza por la cual un ser puede seguir su impulso con todo el poder que le es propio”. Pero si esta meta está dentro de la temporalidad y es alcanzada en algún momento, ese mismo ser humano seguramente se pondrá de nuevo en situación de estar lanzado a alcanzar otra meta.

Ello significa, precisamente, que por principio el hombre mira su propia existencia como un camino hacia una meta que “todavía no” ha alcanzado, y

en consecuencia, existir es un vivir dentro de un “todavía no”. De allí, entonces, que lo que hace gravoso y más cargado de tensiones sea ese punto de tensión del “todavía no”. Es allí donde se sitúa el fenómeno esperanza como principio, fuerza, o impulso que capacita para resistir la realización de grandes esfuerzos, que implica la consecución de tal meta.

Sin embargo, desde la subjetividad de cada individuo ese momento de tensión, del “todavía no”, se podría percibir como absolutamente insuperable desde una o diversas dimensiones y entonces sería la desesperación, o bien de alguna manera superable, y en ese caso el individuo experimenta una fuerza intrínseca que lo capacita desde su interior a resistir, a no retroceder, y esto podría ser el principio o impulso de la esperanza.

Identidad del impulso de esperanza

Ahora el intento será abordar en qué consiste o a qué realidad corresponde este impulso. O en otras palabras, cuál es la identidad de ese fenómeno comúnmente experimentable y al cual le damos el nombre de esperanza. O si quiere más directamente, cuál es el objeto o realidad que afecta al conocimiento sensible del hombre y lo mueve desde dentro a esperar.

Así propuestas las cosas, nos situamos dentro del campo teórico del grupo de “sentimientos”, que son respuestas intencionales, que de por sí son nociones trascendentales que dinamizan desde dentro y ponen en acción nuestras operaciones intencionales. Por eso la esperanza podría ser un sentimiento cuya función específica sería mover nuestras operaciones a autotrascendernos eficazmente hacia aquello a lo cual estamos lanzados, esto es, a lo que esperamos. Si la esperanza, ella misma, es un sentimiento, entonces, en ese caso, sería una respuesta intencional a un objeto de antemano conocido o representado y por esa misma razón pretendido.

Esto quiere decir que la esperanza como sentimiento sería provocado o suscitado en nuestro interior por la percepción o conocimiento del objeto mismo que se espera. V.g., si lo que se espera es la unión con Dios o la vida eterna, la esperanza como sentimiento sería provocada por el conocimiento, o por la representación de Dios, o de la vida eterna, en nuestro conocimiento sensible. En ese caso la esperanza dependería, como de su propia causa, de nuestra propia percepción de Dios y de la vida eterna, de nuestra capacidades

intencionales o de nuestra propia autosuficiencia, y por tanto, tendríamos la posibilidad de producir el sentimiento de esperanza.

Si así entendiéramos la esperanza estaríamos, por lo menos, en el campo fenoménico de la virtud, como se entiende desde la filosofía estoica. Con esto no pretendo negar algún elemento teológico implicado dentro de esa concepción de la esperanza.

San Agustín y Santo Tomás ya pensaban, dentro de un plano teológico, en la esperanza como la virtud de la expectativa de la posesión definitiva de Dios o del Reino de Dios, pero esto sólo puede darse en virtud de la “promesa”. Pero aquí cabría pensar si sería la percepción o representación de la fidelidad de Dios a su Palabra, comprometida con juramento, como se afirma varias veces en la Biblia, la razón por la cual se produce el sentimiento de esperanza. Sin embargo, se debe advertir que el fundamento bíblico de la esperanza a partir de la promesa obedece a otra episteme diferente; en efecto, el modelo o categoría teológica de la Biblia: “promesa-cumplimiento”, que sólo fue pensado después de la experiencia del cumplimiento, y por eso la motivación de la promesa se funda en la experiencia ya tenida de la acción de Dios, lo que significaría entonces que el fundamento de la esperanza sería la autoridad divina de su experiencia en el cumplimiento de su promesa, como veremos más adelante.

Hasta aquí la esperanza aparecería como una virtud autónoma, o como un sentimiento que dinamiza las operaciones intencionales del hombre a autotranscenderse en el objeto, la posesión definitiva de Dios; sentimiento que podría ser inducido o provocado por la percepción o representación de ese objeto que se espera.

Pero esta comprensión de la esperanza como fenómeno, ¿sería propiamente la auténtica esperanza cristiana? Si así lo fuera, a mi entender, dejaría muy opaca su propia realidad; pero sobre todo, parecería que la esperanza cristiana fuese producida, como sentimiento, a partir de la percepción o representación del objeto pretendido por la esperanza.

He propuesto esta breve visión de la esperanza como fenómeno fácilmente constatable con el fin de delimitar otro tratamiento distinto de la esperanza: el de la revelación bíblica.

LA ESPERANZA EN LA REVELACIÓN BÍBLICA

El tema de la esperanza no sólo es frecuente, sino característico del Antiguo Testamento, especialmente de la literatura exílica y postexílica. En razón de la brevedad se podría expresar en el siguiente esquema: *una expectativa, en términos generales, de una época mesiánica, que se fundamentaba en la seguridad y confianza en Yahveh, siempre fiel a la promesa de la tierra y a la elección de su pueblo como identidad frente a todos los demás pueblos.*

En el Nuevo Testamento la esperanza, como temática expresada en la terminología técnica, el $\pi\acute{\iota}\varsigma$ y el $\pi\acute{\iota}\zeta\omega$, es casi exclusiva de Pablo; se encuentra directamente también en la primera de Pedro, pero solo indirectamente implicada en la fe y en la paciencia, y de alguna manera en la expectativa de una vida futura, en los restantes libros del Nuevo Testamento.

En las cartas paulinas es posible distinguir cuatro esquemas, que aun cuando diferentes, tienen contornos comunes.

- El *primer* esquema aparece en Rm 15,4:

En efecto, todo cuanto fue escrito en el pasado, se escribió para enseñanza nuestra para que con la paciencia y el consuelo que dan las escrituras mantengamos la esperanza.

Aquí la esperanza es efecto de la paciencia. Pero ¿por qué la Escritura da paciencia para mantener la esperanza, de tal manera que podamos resistir y seamos capaces de esperar? Las escrituras del Antiguo Testamento a las que se refiere Pablo fueron siempre interpretación del modo de obrar de Yahveh en su pueblo, percibido concomitantemente en la experiencia directa de los propios acontecimientos de su vida cotidiana, claramente palpados y constatados como protección exclusiva de Yahveh con Israel.

Esta experiencia así sentida es precisamente el fundamento de la seguridad de Israel en su Dios, que no sólo es poderoso sino que sigue siendo siempre fiel a sus promesas; y a pesar de las infidelidades de su pueblo, les ofrece su cercana presencia para que puedan mantener su elección exclusiva nuevamente, como su identidad, en la "tierra". Así lo propone en forma luminosa el texto exílico o poseílico de Dt 4,1-8; 32-40. Pablo recoge precisamente este esquema de esperanza en Rm 15,4, pero ya dentro del contexto de expectativa para toda la creación que se revela en la gloriosa libertad de los hijos de Dios (Rm 8, 19ss.).

- Un *segundo* esquema lo propone Pablo en Rm 5,3s:

...nos gloriamos también de los sufrimientos, porque sabemos que el sufrimiento genera paciencia, la paciencia ser aprobado y el ser aprobado la esperanza y la esperanza no falla porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado.

Aquí la esperanza, lejos de ser una virtud autónoma, aparece nuevamente como un efecto de la paciencia y su fundamento es el amor de Dios ya dado al creyente. En este esquema el sufrimiento mismo ocupa un lugar capital dentro de ese proceso gradual que genera la esperanza.

- Un *tercer* esquema aparece en Ga 5,5s:

Pero nosotros, por el poder del Espíritu, tenemos esperanza de la justicia, basados en la fe. Porque en Cristo Jesús ya no cuenta para nada estar o no circuncidados, sino la fe activada por el amor.

En este esquema la esperanza es presentada como resultante de la fe, en cuanto ámbito de acogida de la acción del Espíritu Santo y lo que se espera de la justicia de Dios, que según el testimonio del mismo Pablo se nos revela en el Evangelio (Rm 1,16). Pero además el espacio donde se origina la esperanza es la comunidad (en Cristo Jesús), cuya identidad es nuevamente la fe que se hace activa y convincentemente testimoniante por el ejercicio del amor.

Al comparar estos tres primeros esquemas paulinos aparece con mayor claridad que la esperanza cristiana no es propiamente una virtud autónoma, sino en dependencia de la fe, o como un efecto de la paciencia, o formando con ella una misma entidad, la paciencia, "la paciencia de la esperanza" (1 Ts 1,3) y en fin, en función del amor. Así, pues, según Pablo, la esperanza está integrada en un todo y que él mismo es el objeto esperado, o sea, la justicia de Dios revelada en el Evangelio, que en su realidad práctica es la comunidad escatológica como espacio único donde sucede, en este mundo, la salvación de Dios por Jesucristo, por la acción del Espíritu.¹

1. Las siguientes constataciones en las cartas típicas de Pablo muestran en conjunto y de por sí, que la esperanza no es una pieza aislada, ni mucho menos secundaria, sino producida por el Evangelio como acción salvadora en comunidad y por tanto, al mismo tiempo tiene una función práctica e integradora del mismo Evangelio junto con la fe actuada por el amor.

La experiencia de Antioquía, en donde se manifestó como un signo de la época mesiánica una excepcional irrupción del Espíritu Santo, particularmente en la vida

- Un *cuarto* esquema, aunque lo he considerado en último lugar, es propiamente el punto de partida y el fundamento teológico de los tres primeros esquemas, porque no sólo allí la “fe”, el “amor” y la “esperanza” constituyen expresamente la esencia la existencia cristiana, sino porque da razón de la causa que da origen a esta tríada, a saber: el espíritu del Resucitado que actúa en el Evangelio.

Continuamente recordamos delante de nuestro Dios y Padre la actividad de vuestra fe, los trabajos de vuestro amor y la paciencia de vuestra esperanza. Sabemos hermanos amados por Dios, vuestra elección; porque nuestro Evangelio aconteció en vosotros (εγενηθη) no sólo con palabras sino también con poder y con el Espíritu Santo. (1 Ts 1,3-5)

A pesar de que ya podemos precisar el ámbito donde se encuentra la esperanza, la comunidad salvadora, y el objeto pretendido por la esperanza, la justicia de Dios o el modo como Dios salva, el Evangelio, sin embargo, aún no hemos llegado a precisar su entidad específica.

cotidiana de los pagano-cristiano, determinada por la tríada: la “fe” (πίστις), el “amor” (αγάπη) y la “esperanza” (ἐλπίς) como testimonio constatable e impactante del Evangelio por la acción del Espíritu Santo (1 Ts 1,3-5); y esa misma tríada entendida como expresión esencial del cristiano revestido de Cristo o el bautismo, (1 Ts 5,8) será el criterio básico sobre el cual fundará Pablo sus comunidades pagano-cristianas.

Más tarde Pablo, en Ga 5,5, mostrará una comprensión de totalidad de la existencia cristiana funcionalmente articulada por la fe como fundamento de la esperanza y el objeto de la esperanza es la justicia de Dios que se revela definitivamente en el Evangelio (Rm 1,17) y cuya realidad concreta es la comunidad, en donde esa misma fe se hace patente por la esperanza y se hace activa por el amor (πίστις δι'αγάπης ενεργουμένη). Mientras que en Rm 5, 1-5 la integración de esta tríada llega a su más alto punto de comprensión, ya dentro de la teología paulina de la justificación, entendida ella misma como la más acabada interpretación de la acción salvadora de Dios por medio del Evangelio, allí la fe, el amor y la esperanza aparecen en interacción mutua dentro del espacio propio de la mediación salvadora en la comunidad.

Pero además esta integración es dinámica; en efecto, en 2 Co 8,7 la esperanza se encuentra como el presupuesto activo y esencial del amor; en Rm 12, 9-11 la esperanza asegura la constante permanencia del amor y en 1 Co 13,4. 7 la esperanza es el amor mismo que todo lo espera y todo lo soporta, o en otros términos, la fisonomía concreta del amor es la paciencia de la esperanza.

Es tal el nexo que se da entre la esperanza y la paciencia dentro de la existencia cristiana frente a las tribulaciones (ἐν ταῖς κλισησιν) que nos vienen de todos los lados, que en Rm 5,3 y 15, 4 la esperanza es producto de la paciencia activa y resistente; mientras que en 8,25 la esperanza se identifica con la paciencia y es como la fisonomía de la esperanza (υπομονή, τὴς ἐλπίδος) (1 Ts, 1,3).

Un paso determinante, en este propósito, nos lo ofrece la primera Carta de Pablo a los Tesalonicenses, en donde no sólo aparece integrada en un todo esquemático y como enunciado de carácter doctrinal, sino dentro de una praxis puntual que abarca la totalidad de la vida cristiana:

Continuamente recordamos delante de Dios y Padre nuestro la obra de vuestra fe, la abnegación del amor y la paciencia de la esperanza en Jesucristo nuestro Señor. (1 Ts 1,3)

En forma muy semejante, pero entendiendo la vida cristiana como un todo que es la esperanza: *“Dad culto al Señor, Cristo, en vuestros corazones, siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que pida razón de vuestra esperanza.”* (1 P 3,15; cfr 1,3)

Aunque éste es ya un avance en la comprensión de la esperanza, en cuanto integrada dentro de lo que esencialmente es la vida cristiana como un todo, aún quedan por precisar los contornos que configuran y explicitan la real entidad de la esperanza. Tal es el principal objetivo de estas reflexiones exegéticas. Y la razón es clara: Porque si obtenemos una comprensión precisa de la esperanza cristiana, entonces podemos valernos de ella con eficacia y hacer un tratamiento de ella, pero ya desde un orden teórico razonable, esto es, no sólo los efectos reales, sino, y sobre todo, las causas inmediatas que la pueden producir con eficacia y por la misma razón, las disposiciones conscientes, que abren espacios para que la esperanza pueda suceder en la vida cotidiana del creyente.

A mi entender, este objetivo de comprensión de la esperanza en su propia realidad integrada no ya solamente en un enunciado esquemático sino en el orden real y práctico de la existencia cristiana, sólo se podría alcanzar analizando, así sea brevemente, la primera Carta de Pablo a los Tesalonicenses.

LA ESPERANZA Y LA EXISTENCIA CRISTIANA EN 1 TS

Tiene especial importancia tener presente que esta carta es el primer ensayo literario que Pablo hace para configurar de manera unitaria la originalidad del cristianismo como Evangelio; ensayo que, a su vez, obedece a la programación que se hizo bajo su liderazgo de la “misión entre los gentiles”, en su prolongada estancia en la comunidad de Antioquía.

En una lectura atenta de esta Carta, se descubre que la terminología técnica de la elección recorre estratégicamente todo el texto: al principio (1,4) *“conocemos ...vuestra elección”* (thn ekl oghn) y al final (5,24) *“fiel es el que os llama”* (o kal wn); y luego, en medio del texto de la Carta (2,12), *“que os ha llamado a su Reino y gloria”* (tou kal ountos) (4,7) *“...nos llamó Dios”* (eka,| esen) (5.9). *“Dios no nos ha destinado para la cólera, sino para obtener la salvación por nuestro señor Jesucristo”* (e|eto...ei| peripoihsin swthrias).

Pablo hace una relectura de la tradición de la elección de Israel, tal como estaba siendo entendida en el judaísmo tardío de la época de Jesús y la Iglesia primitiva; en efecto, antes del cautiverio de Babilonia, Israel entendió su elección a partir de la liberación de Egipto; pero ya a fines del cautiverio de Babilonia, y por razones enteramente teológicas, Israel trasladó la elección hasta la promesa gratuita de Yahveh hecha a Abrahán y su descendencia, tal como lo confiesan textos tardío del Pentateuco (Dt 4,37 y Gn 17,7.19). Sin embargo, esa elección sólo se podía alcanzar, según el judaísmo tardío, por el fiel cumplimiento de la ley. Es esta la interpretación que recoge Pablo, pero la relee desde la experiencia de la acción salvadora del Resucitado y por tanto, en inmediata conexión con el Evangelio.

Esto significa que ahora la relectura de la tradición de la elección de la descendencia de Abrahán está determinada por el Evangelio. Es decir, la elección de Dios no se mide ahora desde el orden salvífico configurado por la ley judía, sino por el Evangelio, como era lo obvio, pues se trataba de la misión del Evangelio entre los paganos, a quienes no se les obligó a comprometerse con el orden salvífico judío, o sea, la ley por medio de la circuncisión. Por eso, esta Carta es con toda verdad la *“teología de la elección”* también de los paganos, es decir, la elección universal de todos los seres humanos.

Pero si el eje de la Carta es la teología de la elección por medio del Evangelio, no es menos cierto que su armazón interna está constituida por tres palabras, que en este texto son centrales: la *“fe”*, el *“amor”* y la *“esperanza”*. En efecto, la Carta consta de seis pequeñas secciones, pero lo que sorprende es que cada una de estas tres palabras preside en forma regular dos de esas seis secciones. Así: la *“fe”*, 1,2-2,16 y 2,17,3,13; el *“amor”*, 4,1-12 y 5,12-24; y la *“paciencia de la esperanza”*, 4,13-18 y 5,1-11. Por eso no se debe pensar que esta estructura pueda ser casual, sino expresión finamente calculada del pensamiento mismo de Pablo, quien concibe el *“ser cristiano”*

o el Evangelio no simplemente como un lenguaje verbal o como una idea abstracta, sino como una existencia histórica de fe, amor y de paciencia de la esperanza o bien como la figura dinámica de la comunidad: *“Continuamente recordamos delante de Dios y padre nuestro la obra de vuestra fe, la abnegación del amor y la paciencia de la esperanza en Jesucristo nuestro Señor.”* (1 Ts 1,3)

Cuando se habla de elección de un grupo humano por parte de Dios, no se trata en un primer momento de una promesa meramente intencional, que luego Dios, en un segundo momento, la pone en acción para cumplirla; este no es el modo real de proceder de Dios. Cuando se afirma en 1 Ts que Dios elige a los paganos por medio del Evangelio –“Conocemos hermanos amados por Dios vuestra elección, ya que os fue predicado nuestro Evangelio no sólo con palabras sino también con poder y con el Espíritu Santo, con plena persuasión.” (1,4s)– se quiere decir que la acción efectiva por medio de la cual Dios elige es el Evangelio.

En esta misma Carta, Pablo precisa en qué consiste el Evangelio que él anuncia: “Al recibir la Palabra de Dios que os predicamos, la acogisteis no como palabra de hombre, sino cual es en verdad, como Palabra de Dios, que permanece operante en vosotros los creyentes.” (2,13). Por tanto, no es un anuncio meramente verbal, sino Palabra de Dios que transforma al creyente por la acción del Espíritu Santo (1,5). Más tarde dirá Pablo a los Romanos: “Vosotros no estáis en la carne sino en el espíritu, ya que el espíritu de Dios habita en vosotros. El que no tiene el espíritu de Cristo no le pertenece.” (Rm 8,9). Esto quiere decir, entonces, que el espíritu de Dios es también el espíritu del Resucitado y su función es hacerlo presente en el creyente y por tanto, también el Resucitado habita en el creyente (cfr. Ga 2,20); y en Romanos dirá en forma más breve y con su terminología propia: “El Evangelio es poder de Dios para salvación de todo el que cree.” (Rm 1,16)

Es oportuno precisar aquí qué se entiende, entonces, por salvación. No se trata de una salvación genérica en la que Dios nos salvaría de toda tribulación o de toda adversidad o de todo lo que se nos viene encima en nuestra vida diaria. Ya desde la experiencia pascual, como acontecimiento salvador fundante del cristianismo, la comunidad cristiana primitiva entendió, como gran novedad, que Jesús es el salvador y nos salva gratuitamente “de nosotros mismos”, es decir, de nuestra tendencia profunda a encerrarnos en los límites de nuestra propia finitud, a vanagloriarnos de nuestra propia auto-

suficiencia y de nuestra apasionada carrera por proteger nuestros propios intereses por encima de los "otros" atropellándolos y explotándolos.

Por eso podemos afirmar que el Evangelio que él anuncia es *el Resucitado mismo que acontece habitando en el creyente por su Espíritu y lo transforma, poseyéndolo, en la medida en que éste lo acoge por la fe. Supera de esta manera toda resistencia frente a los sufrimientos y egoísmos, hasta hacer de ese creyente un ser humano que salga de sí mismo, que se auto-trasciende incondicionalmente en el "otro" por el ejercicio práctico del amor, como el mismo Jesús.*

219

Ya hemos visto que en la 1 Ts el eje era la elección ya extendida a los paganos; y la acción con la cual Dios elige es el Evangelio, es decir, el Resucitado que acontece por su espíritu subsistiendo en el creyente. Y si por otra parte, la armazón de la Carta está liderada en su totalidad y de una manera expresa por la praxis de la "fe", el "amor" y la "esperanza", dentro de la comunidad cristiana escatológica, se sigue, como consecuencia, que el Resucitado por su espíritu es quien realmente produce la fe actuada por el amor y permanentemente resistente por la paciencia de la esperanza.

De esto se sigue que el Evangelio como realidad concreta es la comunidad misma como espacio de salvación y como existencia cristiana permanente. Por eso el papel de la comunidad es el anuncio del Evangelio, que al mismo tiempo que salva por mediación de los miembros de la comunidad, se anuncia por sí mismo por el testimonio práctico de la fe actuada por el amor y permanentemente resistente de la paciencia de la esperanza.

Con el fin de entender mejor estas afirmaciones es conveniente tener claridad sobre lo que el mismo Pablo entiende por fe, esperanza y amor: la "fe cristiana" no es propiamente una aceptación racional de un enunciado doctrinal, ni tampoco el concepto de fe, que es común en el Antiguo Testamento, a saber, un mantenerse firme, confiado y seguro en la fidelidad de Dios a sus promesas. La fe en el cristianismo primitivo, particularmente en Pablo, consiste en una integración de la totalidad de la persona con el Resucitado que vive en su interior por su espíritu y que no opone resistencia a la acción transformadora de ese mismo espíritu. En otros términos; el creyente se identifica de tal manera con la acción del espíritu del Resucitado que habita en él, que hace de esa acción su misma voluntad libre y personal.

Por otra parte, ya hemos visto que la identidad de la esperanza presupone la fe (Ga 5,5; Rm 5,1), esto es, la integración del creyente en el poder del espíritu del Resucitado. De donde se sigue que la capacidad o el impulso interno del ser humano por el cual resiste en paciencia, o sea, la esperanza, no es ningún mecanismo humano cognoscitivo o epistemológico que se origine en nuestra propia autosuficiencia, sino el efecto gratuito del *poder del espíritu del Resucitado que personalmente subsiste habitando en el creyente*.

En donde Pablo precisa lo que es el amor y su papel en el orden de la salvación es en la comunidad, como cuerpo del Señor. En Rm 12 el énfasis es el amor mismo como servicio incondicional en la comunidad; al inicio de este texto Pablo hace una formulación que podría entenderse como el “principio fundamental”, dado el tono retórico con el cual la introduce: “Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios a que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios, tal será vuestro culto verdadero.” (Rm 12,1) Lo que aquí se afirma es precisamente la autotranscendencia del creyente dándose incondicionalmente en la comunidad, o sea, el amor, y en esto consiste el verdadero culto cristiano. Mientras, en 1 Co 12 el énfasis está en el modo como cada cristiano es mediador de salvación en la comunidad cuerpo de Cristo, esto es, comportándose él mismo como un don (*carisma*): “A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu Santo para provecho común.” (1 Co 12,7). Sólo por el poder del Espíritu del cristiano es capaz de autotranscenderse en el otro, pero con lo que es, tiene, puede y sabe; esta es la manera como el cristiano salva amando a su hermano.

Es muy significativo que Pablo, dentro del mismo contexto de la comunidad como cuerpo del Señor, especifique todavía más en qué consiste el amor y trae lo que suele llamarse el himno del amor: 1 Co 13,4-7. Aquí el amor no es algo genérico, sino bien determinado, con una denominación precisa. Pero lo más sorprendente es que la denominación precisa del amor es la paciencia que todo lo espera y todo lo soporta. De allí se sigue que la paciencia de la esperanza es el amor mismo como estado permanente del cristiano, o la autotranscendencia en función del “otro” por encima de todas las adversidades que nos vienen y por encima de nuestras tendencias egoístas que nos impulsan a encerrarnos dentro de los límites de nuestra propia finitud. En otros términos, la paciencia es no cansarnos de amar, y para ello, nos

apoyamos en el poder gratuito del espíritu del Resucitado que subsiste en nosotros mismos y nos hace capaces de la paciencia de la esperanza.

Según los esquemas paulinos, en donde aparece la esperanza integrada en un todo, y ese todo como objeto mismo de lo que se espera es la justicia de Dios (Ga 5,5) que se revela en el Evangelio (Rm 1,16). Ahora bien, en su realidad operante y práctica el Evangelio es propiamente la comunidad cristiana como espacio único de mediación donde sucede realmente la salvación de Dios por Jesucristo.

Esto parecería desdibujar la imagen que se tiene de la esperanza cristiana como virtud autónoma, en cuanto espera de una posesión definitiva de Dios o de una salvación eterna después de la muerte. Sin embargo, la esperanza del destino del hombre después de la muerte y estar con Dios para siempre no se excluye. Ya hemos visto que la *salvación de Dios por Jesucristo*, en lenguaje paulino, consiste en liberarnos de nosotros mismos, apoyarnos en los límites de nuestra autosuficiencia o de las voraces tendencias de nuestra propia finitud encerrándonos en nosotros mismos; o como es masivo en todo el Nuevo Testamento, *la salvación consiste en liberar al ser humano del pecado y de la muerte*.

Ahora bien, la señal más clara de que somos salvados por la acción del espíritu de Cristo radica justamente en el hecho de que si somos liberados de nosotros mismos, por la misma razón nos hace capaces de amar, esto es, de autotranscendernos incondicionalmente en el "otro" que más nos necesita. Por otra parte, autotranscenderse en "otro" o amar al "otro" en la comunidad significa que estamos saliendo de nosotros mismos y estamos rompiendo el techo de nuestra propia finitud; por tanto, estamos dando señales de que somos seres que están alcanzando la infinitud y entonces no moriremos nunca *y estaremos siempre con Dios y con Jesucristo, colaborando -ahora sí- de una manera más efectiva, en su obra de creación y salvación por toda la eternidad. En esto consiste la realidad del Cielo*.

Justamente es en este contexto donde se puede apreciar mejor la excepcional visión de Pablo de la "justicia de Dios", llena de increíble optimismo sobre el destino de todo el universo. Allí los seres humanos son un punto de llegada en el que se pueden constituir, ellos mismos ya liberados del poder limitado de la finitud, en revelación testimoniante, que señala cuál es el destino de todo el universo creado:

Pues la creación entera espera con gran impaciencia la revelación de los hijos de Dios. La creación en efecto fue sometida a la vanidad, no espontáneamente sino por aquel que la sometió en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción (finitud) para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. (Rm 8,19-21)

Pablo nos decía Ga 5,5 que el objeto esperado era la “justicia de Dios”, que a su vez, se revela en el Evangelio (Rm 1,17). Y Evangelio en el orden práctico es el amor o autotranscendencia en el “otro”, a quien salva de la finitud y la muerte en la comunidad.

En suma, la esperanza cristiana como componente esencial de ese todo que se llama el Evangelio, cuya realidad histórica es la existencia cristiana en la comunidad, es un don, que consiste en el Resucitado mismo dándonos por su Espíritu y que nos hace capaces de superar con paciencia toda resistencia que se oponga a nuestra autotranscendencia o al amor incondicional al “otro”.

Permítanme agregar otra consecuencia gratuita que se desprende de esa misma existencia cristiana: la “paz”

LA PAZ SEGÚN LA EXISTENCIA CRISTIANA

La paz como fenómeno empírico

Mirada la paz desde lo aparentemente visible sería un estado de relaciones humanas en el plano de lo social, sin guerra y sin violencia. Y desde el plano de lo enteramente personal y privado puede hablarse de un estado de serenidad no turbado por pasiones humanas o por búsquedas de intereses.

Pero la paz a un nivel macro, aunque más concreto, es la paz pública entendida como una concordia y armonía entre los ciudadanos de una misma comunidad o un mismo Estado. Pero curiosamente esta paz pública no necesariamente surgiría de una paz privada o personal, tal como se deduce del análisis social, sino que surgiría como resultante de un “sentimiento colectivo”, o significación común en virtud del cual los ciudadanos aceptan una obediencia civil concretizada en leyes y una represión de la violencia que un individuo o muchos ejercen contra los otros. En este caso, a pesar de la trascendencia que puede tener ese “sentimiento colectivo”, no es la realidad de la paz en sí misma, sino una manifestación de la misma y que

sólo viene a ser efectivo, en concreto, sometiéndolo a la aceptación de una normatividad represiva por parte de los ciudadanos.

Hasta aquí la paz parecería que sólo es un efecto producido por la creatividad de los seres humanos, pero con todo, la humanidad es consciente de que este producto humano es una de las realizaciones más grandes que puede lograr, como consta a lo largo de la historia.

La paz como don exclusivo de Dios

Se debe afirmar en general que la paz, tal como aparece en la Biblia, es el supremo estado de la existencia humana que vive en armonía con la naturaleza, con sus hermanos, consigo misma y con Dios. No es el producto de una seguridad existencial jurídica y política, ni tampoco es una resultante de la relación armónica entre el individuo y la sociedad; más bien estas realidades terrenas se fundan en la paz misma y por tanto ésta es una realidad previa que existe desde siempre en el hombre mismo. Es el don de Dios en él.

Pero ¿qué entendemos por don de Dios? La paz no es sencillamente una cosa o un objeto distinto de Dios mismo, ni es una acción ejercida por él distinta de él mismo. En precisión de la teología, en particular del Nuevo Testamento, la paz es propiamente –como realidad óptica– Dios mismo, que crea al ser humano comunicándose a él personalmente en la mismidad de su propia realidad, en su continuo acto creador inmanente en el ser humano. Este era precisamente el contenido real del anuncio del Reino de Dios de Jesús, y Jesús mismo era la absoluta manifestación de esa realidad.

Esto quiere decir que si la paz es Dios mismo dándose al hombre en su propia mismidad, ella es un existencial divino ya dado en el hombre mismo, que no sólo orienta sino que dinamiza la armonía del hombre con sus hermanos, con el mundo, consigo mismo y con Dios, en la medida en que cada ser humano se haga consciente de esa realidad, se abra a ella sin oponer resistencias y creativamente se convierta en un agente de esa misma armonía con sus hermanos.

La búsqueda de la paz

En el lenguaje común de nuestra gente y en una visión simplista, la paz sería un compromiso que nos vendría de las partes generadoras de violencia o el

producto de un arreglo entre ellos, como una generosidad de los agentes de la violencia. Por tanto, la búsqueda de la paz podría ser una presión interesada de todos los ciudadanos en función de ese compromiso con el fin de poder vivir con tranquilidad y que se les permita gozar del cúmulo de sus bienes. Por otra parte, un tal arreglo no sería más que una oportunidad aprovechada sobre la base de la amenaza continua y de las acciones de una barbarie sin límites para obtener la mayor cantidad posible de todo tipo de intereses; por tanto, lo que se buscaría serían estos mismos intereses.

De allí entonces que esta visión de búsqueda de la paz no pueda ser coherente con lo que es la paz en su pura realidad, como valor trascendente y por lo tanto como don de Dios.

En este contexto es claro el sentido de la palabra de Jesús en el Evangelio de Juan: *“Mi paz os doy no como os la da el mundo sino como os la doy yo.”* (Jn 14,27). Aquí la paz es el mismo Cristo resucitado dándose a los creyentes, en comunión con cada uno de ellos, haciéndolos capaces de la paz de Dios y configurándolos como testigos de la misma.

ALGUNAS CONCLUSIONES

1. Tanto en el Antiguo Testamento, como en el Nuevo, el fundamento de la esperanza siempre fue la seguridad de los creyentes en la fidelidad de Yahveh a las promesas hechas a Abrahán y su descendencia y en el poder salvador del Resucitado por su espíritu. También he dicho antes que el modelo o categoría teológica “promesa-esperanza” sólo fue ideado como profesión de fe, a partir de la experiencia concreta del cumplimiento de la promesa y de igual manera, en el Nuevo Testamento, el objeto o meta de la esperanza, a saber, la liberación del pecado y de la muerte, sólo aparece a partir de la experiencia pascual de la primera comunidad de discípulos de Jesús; y de una manera mucho más puntual, la teología misma de la tríada “fe, amor y esperanza” de la primera a los Tesalonicenses se gestó propiamente en la particular experiencia del espíritu del Resucitado, en la Iglesia de Antioquía, experiencia directamente constatada en la existencia de vida de los pagano-cristianos.

Esto nos está indicando que la esperanza, según la revelación, sólo se genera en los creyentes a partir de experiencias ya tenidas de la acción de Dios en el pasado o bien la acción del espíritu del Resucitado en la comu-

nidad. A mi entender, esto generaría una modalidad bien distinta en el anuncio del Evangelio que debiera hacerse actualmente. Es decir, no se trataría de decir a nuestros fieles que confíen en la bondad de Dios. Más bien habría que disponer a las personas a entrar en su propio interior, para que descubran por sí mismas los toques claros de Dios en su propia existencia o bien las llamadas siempre diáfanas que se dejan oír en el fondo de nuestro ser y que nos mueven a autotranscendernos en el "otro", que desde fuera nos interroga y nos impulsa a un amor directo y sin condiciones. La esperanza sólo puede surgir de una experiencia de Dios; ella misma es una experiencia de Dios.

Ese Dios que nos crea subsistiendo en nosotros y se deja sentir por principio en toda existencia humana es el Dios que ha estado siempre creándonos de continuo hasta hoy, y como tal ya lo hemos experimentado en la orientación profunda de nuestras acciones en función de nuestros hermanos; ese es el Dios que genera y ofrece la seguridad del futuro y por eso es el principio de esperanza.

2. Hemos podido constatar, no sólo en las formulaciones doctrinales paulinas, pero de una manera funcional en el orden práctico, en la primera a los Tesalonicenses, que la esperanza no aparece como una virtud autónoma sino esencialmente implicada en un todo, que es propiamente la justicia de Dios (Ga 5,5) definitivamente revelada en el Evangelio (Rm 1,17). Pero el Evangelio en Pablo no es un aparato doctrinal abstracto sino la acción salvadora de Dios por Cristo resucitado que acontece en nosotros por su Espíritu.

Esta transformación radica, en el orden práctico, en el "amor" o el don de sí mismo, o autotranscendencia en el "otro"; pero esto sólo puede ocurrir si el creyente se integra, por la fe, con todo su ser, con el espíritu del Resucitado que habita en él; y por esa misma razón el creyente tiene el poder para resistir, con la paciencia de la esperanza, la permanencia en el amor por encima de la adversidad, del sufrimiento y de nuestras tendencias egoístas; es decir, nunca cansarse de amar. En esto consiste la existencia cristiana testimoniante del Evangelio

Según el mismo Pablo, esta transformación del creyente por el Evangelio, en el orden práctico y en nuestra situación mundana, sólo se da "en Cristo", esto es, en la comunidad Cuerpo del Señor, como espacio único del orden salvífico o existencia cristiana. De donde se sigue que tanto la esperanza como la paz sólo se producen como efectos propios de la acción del Resucitado por su espíritu, en la comunidad.

Varias coordenadas permiten entender que Pablo, después del conflicto de Antioquía (ca. 49), abandona esta ciudad e inicia lo que podría llamarse su típica misión entre los paganos, preparada cuidadosamente en Antioquía. En ese viaje pasa por Galacia, entra en Europa, pasando por Filipos, Tesalónica, Berea, Atenas, y Corintio, creando comunidades por medio del Evangelio. Desde esta última ciudad escribe el primero y fundamental esbozo de su teología, cuidadosamente preparado en Antioquía: “La elección de los paganos por medio del Evangelio.” Todo permite pensar que lo que escribe a los Tesalonicenses fue precisamente lo que anunció en todas las comunidades por él fundadas; lo que significa que *el Evangelio como existencia salvadora en la comunidad es la fe, el amor y la paciencia de la esperanza*.

Parecería que lo que más nos atrae de Pablo sean sus afirmaciones doctrinales o sus exhortaciones a sus comunidades, o en fin, su teología; y un poco menos el origen de su teología y su proceder táctico misionero. Sin duda, la actividad fundamental de Pablo fue crear comunidades misioneras por medio del Evangelio que contagiaran a los vecinos de la ciudad o región y engendraran nuevas comunidades con ese mismo ritmo. Su teología estuvo siempre en función motivante y fundante de la vida cotidiana de la comunidad; y el origen mismo de su reflexión teológica no fue otra cosa que dar razón de la experiencia vivida por él y las comunidades por él fundadas.

De donde se sigue, y con urgencia, que la evangelización consiste esencialmente en crear espacios realmente comunitarios donde suceda la salvación por medio del Evangelio. Sólo en estos espacios es posible la paz verdadera y la paciencia de la esperanza.